

ca, por medio de los cuales caracteriza su gigantesca arquitectura civil, en lo que se refiere á la arquitectura privada no hace más que utilizar, ampliándolo, el plano griego. Sólo que el romano anhela deslumbrar; falto de aristocracia intelectual, quiere que se le admire por los cuantiosos bienes materiales que posee y por la elevada posición social que le ha sido fácil alcanzar, y por eso finge desdenes á los raros que se dedican al cultivo del espíritu. Si su casa está construída con granito, es solamente porque dicho material resulta muy caro, ya que es preciso hacerlo venir de Egipto. Si en sus parques hay estatuas, es porque los artistas griegos que las ejecutau son escasos y cuesta trabajo conseguirlas. En sus frontones reproduce escenas mitológicas que para él son extranjeras; los capiteles de sus columnas no han sido fruto de la imaginación de sus artífices, y en cuanto á los muebles, telas, decoraciones y utensilios de que se sirve, que ni siquiera es capaz de imaginar y menos de pagar debidamente, podemos asegurar que los importa de sus colonias. En arquitectura doméstica, ninguna palabra nueva dijo el romano; pero es bueno recordar que en arquitectura civil es un maestro consumado que resuelve con sencillez maravillosa los conjuntos monumentales de sus edificios, cuyas ruinas son ahora el mejor blasón de la Ciudad Eterna.

La Europa Occidental ha producido un tipo de arquitectura que por más de un motivo es digno de nuestra profunda veneración. Durante los siglos XII, XIII y XIV, la onda neurosis acumulada por largos sufrimientos halla al fin su modo de expresión, determinado por una crisis tan luminosa como la raya de fuego que desgarrá inmensa nube de tempestad. La humanidad ha pasado por dolores sin fin; está próxima á desfallecer y á borrar su huella sobre la superficie de nuestra celeste patria, la tierra, cuando hé aquí que hombres que han tenido por confidentes á los bosques solennes de las regiones brumosas, realizan la sinfo-

nia arquitectónica que opera el milagro, portentoso, de retener á los humanos en este suelo que deseaban abandonar para siempre.

A Francia cabe el honor de haber iniciado, protegido y, al fin, visto esplender este arte admirable, que no toma nada de Egipto, ni de Grecia, ni de Roma, como que tiene en sí mismo todos los elementos necesarios para triunfar. Las corporaciones masónicas establecidas en la Isla de Francia, en Picardía, Champagne, Borgoña y Normandía, y que se dedican al estudio de las bellas artes, encienden las siete lámparas de la cultura, bajo cuya luz dorada los pueblos vuelven á la acción, á la divina acción, savia fecundante de toda hazaña digna de holocaustos!

Sin ocuparnos del período de ensayos de esta arquitectura, coloquémonos en el instante de su gloria. Cuando el Santo Rey Luis de Francia empuña el cetro de oro, que más bien es signo de amor entre sus manos que no de mando funesto, sus súbditos viven en las catedrales. Para las ciudades que han entrado en posesión de sus franquicias, la catedral no es solamente el edificio del culto sino también un lugar de asambleas públicas. Reuniones municipales, fiestas civiles, representaciones de misterios, todo eso se verifica bajo sus naves: la catedral es el centro único de la vida popular, es el corazón de la Ciudad. Este amplio y liberal criterio que asocia la catedral á todos los regocijos profanos, como también á los severos sentimientos de la fe, hizo de ella el monumento público por excelencia. Lo que no impide que en torno suyo se agrupe el pintoresco corrillo de habitaciones privadas que, como una capa de violetas silenciosas, crecen bajo la sombra gigantesca del cetro latido por el viento. ¿Pero estas casas cómo son? Baste saber que todas son distintas entre sí, pues cada una ha sido construída para un hombre que no se parece á los demás, sino en que todas sus energías militantes están puestas al servicio del monumento religioso que ha de dar nombre á la